

Segundas Jornadas de Investigación en Psicología
Departamento de Psicología. FHCE. UNLP.
La Plata, 5 y 6 de noviembre de 1999.

UNA APROXIMACIÓN A LA CUESTIÓN DE LAS POSICIONES SEXUALES EN LOS
AVATARES DE LA VIDA AMOROSA¹

Lic. Osmar Barberis, Lic. Nancy Serrano
UNLP

Objetivos: Establecer el origen psíquico de la elección de objeto en el hombre y en la mujer. Diferenciar, condiciones eróticas y determinación de las posiciones sexuales, en las referencias freudianas.

Como aproximación a la cuestión de las posiciones sexuales se realizará un recorrido freudiano ordenado por dos preguntas: 1-¿por qué el amor es pertinente al campo analítico?, y 2-¿pueden señalarse posicionamientos sexuales a partir de las referencias estructurales freudianas? Freud establece las condiciones eróticas conforme a las cuales los hombres realizan su elección de objeto. Distingue la degradación correspondiente a las condiciones masculinas y la prohibición como propia de la vida amorosa femenina. Sitúa el origen psíquico de tales condiciones en la fijación incestuosa a los primeros objetos de amor. El tabú de la virginidad es postulado como defensa frente a un peligro: la castración femenina, que no admite la misma posición en ambos sexos. Con el deseo de pene y la protesta masculina se llega a la roca subyacente que pone tope al análisis. La castración femenina como lo irreductible es la que ambos sexos desestiman.

Conclusión: La elección de objeto de amor tiene determinaciones inconcientes. Se delimita un campo de fenómenos analizables en tanto estos tienen valor de recuerdos inconciente. Freud establece diferencias en las condiciones de elección de objeto amoroso en el hombre y en la mujer que no determinan posicionamientos sexuales.

Se realizará un recorrido por ciertos artículos freudianos en función de la elección de objeto para intentar vislumbrar aquello que concierne a las posiciones sexuales. Estos son los textos agrupados bajo el título “Contribuciones a la psicología del amor” y “Análisis Terminable e interminable”, que se ordenarán en relación a dos preguntas:

1-¿Por qué el amor es pertinente al campo analítico y qué aportes puede hacer el Psicoanálisis?

2-¿Pueden señalarse posicionamientos sexuales a partir de las referencias estructurales freudianas?

¹ En la etapa inicial de investigación y redacción de este trabajo han participado la Lic. Alfonsina Gonzalez Montiel y la Lic. Silvana Tagliaferro.

En “Sobre un tipo especial de elección de objeto en el hombre” (1910), Freud intenta responder a algunas cuestiones ligadas a la vida amorosa. Por un lado se pregunta acerca de las condiciones eróticas conforme a las cuales los hombres realizan su elección de objeto; por otro cómo estos llegan a armonizar con la realidad las exigencias de sus fantasías.

En dicho texto habla del hombre, puesto que las condiciones eróticas de elección de objeto en la mujer no se conducen por las mismas sendas.

Freud plantea diferentes tipos de condiciones para la elección masculina de objeto amoroso, condiciones que no circunscribe a los enfermos neuróticos, sino que las hace extensibles a los “individuos sanos de tipo medio” e incluso a personalidades sobresalientes.

La primera de estas condiciones que denomina “perjuicio del tercero” consiste en que el sujeto no elegirá jamás como objeto amoroso a una mujer que se halle aún libre, sino que su elección recaerá sobre una mujer cuyo derecho de propiedad pertenezca ya a otro hombre. Esto facilita la satisfacción de impulsos rivales y hostiles contra el hombre a quien se roba la mujer amada. Dice Freud: “...para el niño criado en familia, la pertenencia de la madre al padre constituye un atributo esencial de la figura materna. Así, pues, el tercero perjudicado no es sino el padre mismo”.²

En la segunda condición, “amor a la prostituta”, las mujeres que se constituyen en objeto amoroso son aquellas de conductas sexuales sospechosas cuya pureza y fidelidad pueden ponerse en duda. Aquí los celos que provoca la condición de la mujer amada se convierten en una necesidad para los amantes de este tipo. ¿Cómo se explica esto? Freud menciona que “...en el Inconsciente suelen confundirse en uno solo, elementos que la conciencia nos ofrece antitéticamente disociados”³. Cuando luego de la pubertad el niño puede incluir a sus padres en “las bajas normas de la actividad sexual” la diferencia entre la madre, personalidad de intachable pureza moral, y la prostituta ya no es tan grande. Estas revelaciones sexuales dejan en él huellas mnémicas de sus impresiones y deseos infantiles más tempranos; de este modo, comienza a desear a la madre y a odiar de nuevo al padre como rival que estorba el cumplimiento de deseos. Así pues, el sujeto queda dominado por el Complejo de Edipo. Resumiendo, en esta segunda condición lo que predomina es la fijación del sujeto a las fantasías de la pubertad, las cuales logran hallar más tarde acceso a la vida real.

² Freud, S.: *Sobre un tipo especial de elección de objeto en el hombre*. (1910). Ed. Biblioteca Nueva. Pag. 1628.

³ Ibid. Pag. 1628.

En el texto de 1910 plantea ciertas peculiaridades de la vida amorosa que concierne a la conducta del amante para con el objeto de amor que no son ya condiciones exigidas al objeto.

Por un lado se considera como objetos eróticos valiosísimos a aquellas mujeres de conductas sexuales dudosas a las cuales juran observar una absoluta fidelidad. La sobrevaloración que conduce al sujeto a considerar único e insustituible al objeto también está integrado con la constelación materna. Por otro, existe en este tipo de amantes una tendencia a salvar, a redimir a la mujer elegida, conducta a veces justificada por la ligereza sexual de la mujer. La tendencia a “redimir” a la mujer, encuentra su explicación en la deuda contraída por el niño hacia sus padres, por ser ellos quienes le dieron la vida. Surgen en él, impulsos cariñosos referidos a la madre, a la que quiere regalarle un niño a su semejanza, y fantasías de salvar a su padre de un peligro de muerte en las que predominan un sentido de rebeldía e independencia personal.

Para Freud el origen psíquico de estas condiciones es remitido a “la fijación infantil del cariño a la persona de la madre”, sólo que en la vida erótica normal quedan muy pocos rasgos que delaten el carácter prototípico de dicha fijación. Esta también es tenida en cuenta en “Sobre una degradación general de la vida erótica” y en “El tabú de la virginidad” pero para explicar fenómenos diferentes.

En “Sobre la degradación...” Freud se ocupa del análisis de un síntoma: la impotencia psíquica, definida como una perturbación que aqueja a los hombres de naturaleza intensamente libidinoso y cuyos órganos de la sexualidad no colaboran en el acto sexual, aunque están intactos. Tal perturbación se produce sólo con objetos que poseen determinados rasgos. Se trata de la influencia inhibitoria de complejos psíquicos que se sustraen al conocimiento del individuo. El contenido de tal material patógeno es, en la mayoría de los casos, la fijación incestuosa no superada a la madre o hermana.

Freud ubica el fundamento de la afección en una inhibición en la historia del desarrollo de la libido, en donde las corrientes tierna y sensual no han llegado a confluir. De esas dos corrientes, la tierna es la más antigua. Proviene de la primera infancia, se ha formado sobre la base de los intereses de la pulsión de autoconservación y se dirige a las personas que integran la familia. Corresponde a la elección infantil primaria de objeto.

En la pubertad, se agrega la poderosa corriente sensual que nunca deja de transitar por aquellos tempranos caminos, y de investir los primeros objetos amorosos. Al tropezar con los obstáculos de la barrera del incesto, el sujeto necesitará hallar nuevos objetos con los que

pueda emprender una real vida sexual. Con el tiempo, estos objetos atraerán la ternura que estaba encadenada a los primeros, conjugando ambas corrientes.

Dos son los factores mencionados por Freud, que dificultan el progreso del desarrollo de la libido: la nueva elección de objeto, contrariada por una frustración real, y la atracción ejercida por los objetos infantiles.

Si estos dos factores son lo bastante fuertes, entra en acción el mecanismo general de la producción de la neurosis. La libido se aparta de la realidad, se refugia en la fantasía, e intensifica los primeros objetos sexuales, quedando a ellos fijada. El resultado será una impotencia absoluta, si además otras condiciones son establecidas. Estas personas se ven precisadas a esquivar la corriente tierna: por tanto, se produce una limitación en la elección de objeto. La corriente sensual sólo busca objetos que no recuerden a las personas incestuosas prohibidas. La vida amorosa queda así escindida; buscan objetos a los que no necesiten amar, a fin de mantener alejada su sensualidad de los objetos amados.

Para protegerse de esta perturbación, el principal recurso de que se vale el hombre es la degradación psíquica del objeto sexual, al mismo tiempo que sobrestima a los objetos incestuosos. Tan pronto se cumple la condición de la degradación, la sensualidad puede exteriorizarse con libertad.

¿Qué ocurre con la mujer? En ella se nota apenas una necesidad de degradar al objeto sexual pues, por regla general, no se produce aquí nada semejante a la sobrestimación sexual característica del varón.

La prolongada coartación de lo sexual y la reclusión de la sensualidad a la fantasía tiene para la mujer otra consecuencia. A menudo le sucede no poder desanudar el quehacer sexual con la prohibición y así se muestra psíquicamente impotente (frígida) cuando al fin se le permite ese quehacer.

La condición de lo prohibido en la vida amorosa femenina, es equiparable en su función, a la necesidad de degradación del objeto sexual en el varón. Estos recursos que hacen tolerable el encuentro con el objeto, protegen al sujeto contra la impotencia psíquica, ahora posible por la conjunción de la corriente tierna y la corriente sensual. Ambas estrategias deben interponerse como consecuencia del prolongado diferimiento entre madurez genésica y quehacer sexual que por estos años Freud atribuye a las exigencias culturales y que desde “Inhibición, Síntoma y Angustia” se podría releer como el factor filogenético que participa en la causación de las neurosis.

En la mujer, el íntimo enlace entre sexualidad y prohibición se explica por la ausencia de transgresión de la prohibición del quehacer sexual. El hombre tempranamente infringe la

prohibición degradando al objeto. Los motivos de estas diferencias hacen referencia a condiciones estrictamente culturales.

El refrenamiento cultural de la vida erótica acarrea una degradación de los objetos sexuales. Esto conduce a Freud a transferir su mirada desde los objetos a las pulsiones mismas.

En la naturaleza de la pulsión existe algo desfavorable a la emergencia de una plena satisfacción. Los factores responsables de tal dificultad son el desdoblamiento de la elección de objeto en dos tiempos separados por la barrera del incesto y la descomposición de la pulsión sexual en una gran serie de componentes, no todos los cuales serán acogidos ulteriormente, debiendo ser sofocados o destinados a otros fines.

Freud admite la idea de que no es posible avenir las exigencias de la sexualidad con los requerimientos de la cultura, siendo inevitables la renuncia y el padecimiento. La pulsión ha cobrado bajo la presión de la cultura, un tinte de insatisfacción.

En el “Tabú de la virginidad” (1917) retoma los requerimientos culturales, ya no como obstáculo a las exigencias pulsionales, sino como defensa que el Tabú antepone frente al peligro.

Para explicar este Tabú Freud toma diversos factores:

-la efusión de sangre consecuente al desfloramiento debido al horror que esta provoca en los primitivos. Esto se enlaza con la prohibición de matar y con el tabú de la menstruación, interpretado como la mordedura de un espíritu animal y como signo del comercio sexual con él.

-el segundo, ajeno a lo sexual, es la angustia del primitivo ante todo acto primero.

Estas dos proposiciones, no contradictorias, pueden resumirse en una: el primer acto sexual es un acto inquietante y mucho más si provoca efusión de sangre.

-una tercera explicación se basa en que el Tabú de la virginidad pertenece a un amplio conjuro que abarca toda la vida sexual. El tabú no cae sólo sobre el coito o menstruación, sino sobre la mujer, que es tabú en su totalidad. De ahí que en muchas tribus haya una tendencia a la separación de los sexos. El tabú en los primitivos se establece frente al temor de un peligro, y estos preceptos de aislamiento manifiestan un temor fundamental a la mujer. El hombre teme ser debilitado por ella, siente horror a la feminidad y a no poder realizar luego hazañas viriles. Desde el Psicoanálisis se advierte que el fundamento de este rechazo de la mujer se intrinca con la repulsa al Complejo de Castración.

El primitivo establece un tabú donde teme un peligro y Freud anticipa los resultados de su investigación, apuntando que tal peligro existe ya como uno meramente psíquico. El peligro oculto tras el desfloramiento es la hostilidad contra el hombre, que puede atribuirse al dolor experimentado durante el primer coito. Más decisiva aún parece ser la ofensa narcisista concomitante a la destrucción de un órgano.

Otro de los motivos de esta reacción paradójica de la mujer hacia el hombre es referida al comercio sexual, mientras este se hallaba enlazado a una enérgica prohibición. Al desaparecer ésta, su legalidad tiene un sentido distinto. De ahí la necesidad de mantener relaciones ilícitas o secretas.

Otro factor más decisivo aún se basa en la historia evolutiva de la humanidad. En la mujer habría una fijación de la libido al padre o hermano, es decir, deseos sexuales infantiles tenazmente conservados. El marido, sustituto de los primeros objetos, ocupará un segundo puesto en el amor de la mujer, siendo el primero ocupado por el padre en los casos típicos. Entonces, de la intensidad de esta fijación dependerá que el sustituto sea o no rechazado como insatisfactorio.

El primer coito activa todavía otros antiguos impulsos, aquellos que tuvieron lugar en un temprano estadio: la envidia del pene perteneciente al Complejo de Castración.

En los casos en los que hay una agresión posterior al coito, no obstante un tierno amor al marido, Freud comprueba que dicha fase existió con anterioridad a la elección de objeto y sólo después de ella se orientó la libido de la niña hacia el padre, sustituyendo el deseo de poseer el miembro viril por el de tener un niño.

Luego de la enumeración de los motivos de la paradójica reacción de la mujer ante el desfloramiento, seguida a veces de frigidez, Freud concluye que la mujer detiene sus reacciones ante el hombre que la inicia en el acto sexual. El tabú de la virginidad tendrá por función librar de tales peligros al hombre que va a iniciar una larga convivencia con ella.

Freud toma una figura dramática de la literatura, la de Judit, de la tragedia de Hebbel, que nos ofrece una representación del tabú de la virginidad. Judit es una mujer cuya virginidad aparece protegida por un tabú. Su primer marido, paralizado la primera noche por una enigmática angustia, no se atrevió ya a aproximarse a ella. Judit dice: “Mi belleza es como la de una flor venenosa. Produce la locura y la muerte”. Al ser sitiada su ciudad por un caudillo asirio, planea seducirlo usando un motivo patriótico para encubrir otro sexual. Desflorada por Holofernes, su indignación le da fuerza para decapitarlo convirtiéndose en liberadora de su pueblo. Judit es la mujer que castra al hombre que la ha desflorado.

Vemos como el desfloramiento no sólo tiene la consecuencia de ligar la mujer al hombre, sino que también desencadena una reacción arcaica de hostilidad contra él. Así el Tabú de la virginidad y el temor con que el marido elude el desfloramiento, parecería quedar plenamente justificado.

En resumen, el Tabú de la virginidad es una defensa frente a la castración femenina, tope que en “Análisis Terminable e Interminable” hace límite a la labor analítica.

En el análisis se destacan dos temas ligados a la diferencia entre los sexos y que dan guerra al analista bajo la sospecha de “predicar en el vacío”: la envidia del pene en la mujer (el positivo de querer alcanzar la posición de un genital masculino) y para el hombre, la revuelta contra su actitud pasiva o femenina frente a otro hombre.

Lo que es común a ambos sexos es la conducta frente a la castración. El Complejo de Castración se resuelve en el “rechazo o desautorización de la femineidad”, lo cual no puede ser más que un hecho biológico, una parte del gran misterio de la sexualidad.

La Castración no admite la misma posición en ambos sexos, pues en el varón la aspiración de masculinidad aparece desde el comienzo mismo y es acorde con el yo. La actitud pasiva que propone la castración, es reprimida, y sólo unas sobrecompensaciones excesivas señalan su presencia.

En la mujer, el querer alcanzar la masculinidad es acorde con el yo en la fase fálica. Pero luego sucumbe a la represión. No obstante, el deseo de masculinidad se ha conservado en el inconsciente, y despliega desde la represión sus efectos perturbadores.

En oposición a Ferenczi, para quien el análisis exitoso requiere el dominio de esos dos complejos, Freud ve en ellos el nudo sobre el cual el empeño analítico se repite infructuosamente. Cuando se quiere mover a la mujer a resignar su deseo de pene por irrealizable emergen estallidos de depresión grave, por la certeza interior de que la cura no servirá para nada y de que no es posible obtener remedio. También se pretende convencer a los hombres que una actitud pasiva frente al varón no siempre tiene el signo de una castración. De la sobrecompensación desafiante deriva una de las más fuertes resistencias transferenciales: no quiere convertirlo en un sustituto del padre, no quiere estar obligado a agradecerle, y por eso no quiere aceptar del médico la curación.

Con el deseo de pene y la protesta masculina se llega a la “roca de base”, límite de la penetración analítica, pues para lo psíquico lo biológico desempeña el papel de basamento rocoso subyacente. Constituye de alguna manera la base donde se inscribe la delgada capa de los fenómenos psíquicos propiamente dichos, “la roca que se encuentra por debajo de todos los estados psíquicos”.

En efecto, la desestimación de la femineidad no puede ser más que un hecho biológico, una pieza de aquel gran enigma de la sexualidad.

A título de conclusión, puede afirmarse, por un lado, que para Freud, la elección de objeto de amor tiene determinación inconsciente, en términos de fijación a objetos incestuosos primarios e infantiles que valen para la vida amorosa normal y patológica y que delimita un campo de fenómenos analizables en tanto objetos que tienen valor de recuerdo inconsciente.

Por otro, establece diferencias en las condiciones de elección de objeto amoroso en el hombre y en la mujer que no permiten arribar a una determinación de las posiciones sexuales, es decir las condiciones bajo las cuales un sujeto elige un objeto no dan cuenta del lugar, masculino o femenino, desde donde ese sujeto hace la elección.

En el “Tabú de la Virgindad” hay una elaboración cultural frente a lo ominoso de la castración en la mujer, y en “Análisis Terminable e Interminable” la castración es tope para lo analizable, más allá de lo cual se presenta el registro de lo biológico, que concierne justamente al llamado continente negro, la femineidad, que tiene consecuencias para ambos sexos.

BIBLIOGRAFÍA

Freud, S.: *Tres ensayos para una teoría sexual.* 1905. Obras Completas. Argentina. Ediciones Orbis S.A. Tomo VI.

Freud, S.: *Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre.* 1910. Obras Completas. Argentina. Ediciones Orbis S.A. Tomo VIII.

Freud, S.: *Sobre una degradación general de la vida erótica.* 1912. Obras Completas. Argentina. Ediciones Orbis S.A. Tomo IX.

Freud, S.: *El Tabú de la Virgindad.* 1917. Obras Completas. Argentina. Ediciones Orbis S.A. Tomo XIII.

Freud, S.: *Inhibición, Síntoma y Angustia.* 1926. Obras Completas. Argentina. Ediciones Orbis S.A. Tomo XVI.

Freud, S.: *Análisis Terminable e Interminable.* 1937. Obras Completas. Argentina. Ediciones Orbis S.A. Tomo XIX.